

PQ 2284
56
L3
V.1
1886

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

Imprenta de Juan Guix, calle de Miñana, núms. 7 y 9

VÍCTOR HUGO.

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

A. Gantú Jauriqui

PUEDE vanagloriarse Francia de haber engendrado en los dos siglos últimos dos colosos del pensamiento que, como piedras millarias, marcan el derrotero del progreso en el camino de la humanidad; en el siglo diez y ocho dió á luz á Voltaire y en el diez y nueve á Víctor Hugo; aquél nació en 1694, difundió las luces de su inteligencia durante tres tercios del siglo décimo-octavo y murió á los ochenta y dos años; éste nació en 1802, llenó con su génio tres tercios del siglo décimo-nono y falleció á los ochenta y tres; igual fué la longevidad de Voltaire y de Víctor Hugo, como fué semejante su precocidad y su fecundidad, que es asombrosa la similitud de esos dos grandes hombres. A los doce años, el colegial Aruet, desde el Colegio de los Jesuitas, escribía un memorial en verso que un inválido dirigió á su alteza real, y que empezaba del modo siguiente:

«Digne fils du plus grand des rois,
Son amour et notre esperance,
Vous qui sans regner sur la France,
Regnéz sur le cœur des françois...» etc. etc.

Tal eco produjeron en los salones los versos del adolescente Voltaire, que la célebre cortesana Ninon de Lenclós (un mes antes de su fallecimiento) quiso conocerle: le llevaron á su casa, desde la que fué el heraldo de la reputación del futuro escritor, al bautizarlo con el título de *el jóven de los grandes destinos*, cuya frase se hizo proverbial y sentó la base de su renombre. Víctor Hugo, á los trece años, habia escrito ya algunas poesias, la tragedia *Irtamene* (cuya obra no se ha publicado) y el drama *Inés de Castro*; á los quince envió á la Academia una epistola en verso sobre las *Ventajas del estudio*, que solo obtuvo mención honorífica, y no el premio á que era acreedora, por confesar en ella el autor que solo contaba quince años:

«Moi qui, toujours fuyant les cités et les cours,
Des trois lustres á peine ai vu finir le cours.»

El estilo correcto de Víctor Hugo y sus tendencias de entonces complacieron á los realistas, hasta el punto de entusiasmar al admirable Chateaubriand, que le clasificó de *niño sublime*, y fué el vehiculo de su reputación. Víctor Hugo, como Voltaire, empezaba siendo en sus poesias elogiador de príncipes; pero ambos luego convirtieron el incensario en látigo. Tan semejante en ellos fué la precocidad como la fecundidad.

Voltaire fué poeta, autor dramático, escritor filosófico y político, historiador y novelista; recorrió, cosechando triunfos, todo el campo de la literatura, desde la elevación épica de la *Henriada* y la trágica de *Zaira*, hasta las profundidades vergonzosas de *La doncella de Orleans*. Víctor Hugo se paseó también por todos los dominios del arte literario; es épico en *La leyenda de los siglos*, eminentemente dramático en *Hernani* y en *Lucrecia Borgia*, gran novelista en *Nuestra Señora de Paris* y en *Los Miserables*, y desciende de esas latitudes hasta caer en el lodo del libelista en *Napoleon el Pequeño* y en *Los Castigos*. Las circunstancias de la vida de ambos escritores tambien son idénticas. Voltaire fué encerrado en la Bastilla y desterrado de Francia, de la que estuvo ausente muchos años, y á la que no regresó hasta despues de la muerte del regente que le desterrara y hasta despues del fallecimiento de Luis XV; y volvió á su patria, ya anciano, para exhalar en ella el último suspiro. Víctor Hugo no fué encerrado en la Bastilla, porque no se apoderaron de él; pero Napoleon III puso á precio su cabeza y gimió tambien en el destierro gran número de años, regresando á Francia ya anciano, para morir, como Voltaire, en el seno de la pátria. Ambos hombres ilustres alcanzaron la señalada honra de presenciar su propia apoteosis. Voltaire escribió pocos meses antes de morir su tragedia *Irene*, y el día que asistió á verla al teatro, solicitado por el público, produjo en Paris entusiasmo tan indescriptible, que fué coronado en su palco; la representación fué incesante triunfo, que consiguó, no la obra, sino el autor, entre las continuas aclamaciones que sonaban fuera y dentro del teatro de: VI.

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cód. 1625 MONTERREY, MEXICO

va Voltaire!—A Victor Hugo le coronó también y le felicitó todo París el día de su cumpleaños, y como Voltaire, escribió el último año de su vida una obra teatral, *Torquemada*. Tal fué la semejanza de esos dos faros gigantescos encendidos en Francia en los siglos diez y ocho y diez y nueve, cuya luz civilizadora alumbró al mundo moderno.

No describiremos los suntuosos al par que populares funerales que celebró París cuando falleció Victor Hugo, por estar aun frescos en la memoria de todos; únicamente, de paso, nos ocupamos de ellos para recordar á los que nos lean, que hoy no se tributan tan magníficos á ningún soberano; lo que prueba que el mundo actual rinde su principal culto á la soberanía del talento, que no es efímera como la otra soberanía, y prueba además que reconoce todo un pueblo los títulos de gloria de Victor Hugo.

Sus títulos son varios; pero el primordial, el culminante, es el que le concedió la poesía lírica; en efecto, Victor Hugo es el poeta egregio de la Francia; sus cuatro libros primeros de versos le colocaron á la cabeza de todos los poetas líricos de su nación; y eso que tuvo que rivalizar con la melodiosa lira que Lamartine pulsaba ya, y cuyos sonidos producían éxtasis en los corazones del primer tercio del siglo; y eso que todavía su génio romántico y democrático no se había desarrollado ni en el fondo ni en la forma, como en sus poemas y poesías posteriores se desarrolló. El notable crítico, conocido en el mundo literario por *Fernanflor*, le caracteriza del modo siguiente: «Victor Hugo es el poeta de lo inmenso; sus defectos son, pues, las exageraciones de lo sublime, que se dibuja siempre con líneas sencillas y que él no siempre consigue expresar con sencillez. En sus últimos años, deseoso de ser el poeta de otro tiempo, agigantaba las expresiones, creyendo así agigantar las ideas y los sentimientos; pero no hay ejemplo de un poeta de ochenta y tres años que haya conservado una vitalidad creadora tan enérgica como él.»

Fué tal ayer su prestigio y es hoy su influencia, que uno y otra subsisten y subsistirán mientras no se pierda el gusto literario.

Nos afirmamos en esta opinión al ver que piensa como nosotros en este punto el celebrado novelista Emilio Zola. En su *Estudio crítico sobre la poesía moderna*, dice el jefe de la escuela *naturalista* del pontífice máximo de la escuela *romántica*: «Meditese un instante en el maravilloso brillo que lanzaron á su aparición los versos de Victor Hugo. Era como una expansión nueva en la literatura nacional. Desconocíamos el lirismo, no teníamos más que los coros de Racine y las odas de Juan Jacobo Rousseau, que ahora nos parecen fríos y peripuestos. Así es que la conmoción que recibió la juventud persiste y dura aun. Parece imposible que desde entonces hasta hoy no haya brotado ningún retoño en nuestro suelo literario, á la sombra del árbol inmenso que plantó Victor Hugo.»

Más adelante, el mismo Zola añade:

«Únicamente en poesía es donde reina Victor Hugo como dueño soberano; no es más que un gran poeta lírico: su génio, su título de gloria eterna es ese.»

Con el respeto que nos merece el autor de *L'Asso-moir*, nos atrevemos á contradecir su creencia de que Victor Hugo no es más que un gran poeta lírico; el autor de *Nuestra Señora de París*, de *Los Miserables* y de *Lucrecia Borgia*, puede ostentar dos

títulos más, y títulos legítimos, para conseguir la inmortalidad. Parece mentira que el clarísimo talento de Zola (porque no queremos ofenderle creyendo que habla así por rivalidad en un género determinado); parece mentira, repetimos, que no vea lo que es tan visible; pero esa es la consecuencia de juzgar á los autores bajo el punto de vista mezquino de una escuela determinada y no bajo el punto de vista ecléctico del arte, que es como deben estudiarse. El arte es cosmopolita, universal, y no se ciñe ni á los moldes de una escuela ni á los caprichos de una moda. El arte tiene matices, pero no uniformidad; es uno, pero vario. La belleza se presenta bajo muchos aspectos, y se la puede sorprender en muchas posiciones; por eso el clasicismo y el romanticismo produjeron obras magistrales é imperecederas, y las produce indudablemente el naturalismo.

De todos modos, en la poesía reina Victor Hugo como soberano, por sufragio universal y además por la opinión de una entidad ilustre en las letras.

Tras el poeta egregio vino el jefe de escuela, cuyo título le extendieron las novelas *Bug-Jargal*, *Han de Islandia* y *Nuestra Señora de París*, y los dramas que fué dando á luz; en el *Cromwell* inserta un extenso prólogo, que viene á ser como el Corán de la escuela romántica, parabólico y nebuloso, que sirvió de texto á sus compañeros y á sus discípulos; tras las ideas estéticas que en él se encerraban, vino la práctica de éstas, cuya victoria se consolidó con el triunfo ruidosísimo que alcanzó *Hernani* en el teatro. No fueron obstáculo para que los escritores adeptos pusieran en manos de Victor Hugo el cetro de la escuela romántica, las obras del mismo género que precedieron al citado drama; esto es, *Otelo*, traducido por Alfredo de Vigny, y *Enrique III*, de Alejandro Dumas; como el autor de *Nuestra Señora de París* extendía la literatura romántica no solo en el teatro, sino también en la novela; como además poseía las cualidades morales y físicas del propagandista, como más tarde lo demostró al dedicarse al apostolado de la democracia, nadie más que él consiguió conquistar la supremacía en la nueva escuela, á pesar del mérito sobresaliente de alguno de sus secuaces. Entronizóse, pues, el romanticismo, después de derrotar al clasicismo en descomunal batalla; y en él figuraron tantos y tan peregrinos ingenios, que llegaron á caracterizar su tiempo, que se conoce en los fastos literarios por la época de la generación del año treinta.

La novedad de entonces fué el romanticismo, como es el naturalismo la novedad de ahora; pero ni una ni otra clasificación es exacta en el rigorismo de la estética literaria, para el que no hay nada verdaderamente nuevo en las bellas letras, y casi nos atrevemos á decir ni en las bellas artes; como á testimonio de nuestro aserto, observará el que estudie con imparcial criterio y compare á los autores, que el gran dramático Guillermo Shakespeare es un embrión del romanticismo del teatro de Victor Hugo, que Honorato Balzac es en la novela analítica una insinuación clara de Emilio Zola, y que Byron es en la poesía lírica el indudable modelo de Espronceda.

Los dramas de Victor Hugo, que relumbran con las llamaradas del génio, carecen de estructura artística, son difusos y están plagados de monólogos; pero á pesar de los indicados defectos, arrancan aplausos al público y excitan en muchos trozos la admiración del que los lee; no encierran el interés con

que embellece á los suyos Alejandro Dumas, pero irradian cierta majestad y grandeza que nunca pudo alcanzar con su felicísimo ingenio el autor de *Catalina Howard*; preferimos *Lucrecia Borgia* á todos ellos, definiendo de la opinión de algunos críticos, que conceden la supremacía á *Hernani*. Tanto gustaron y tan de moda se pusieron en su época las producciones dramáticas de Victor Hugo, que muchas de ellas dieron pié á inspiraciones musicales de inmortales maestros, que las convirtieron en óperas, y en ellas le aplaudimos todavía en el teatro, glorificado por Donizetti y Verdi en *Lucrecia Borgia*, en *Hernani*, en *Rigoletto* y en *Ruy Blas*; solo hizo fiasco *La Esmeralda*, ópera sacada de *Nuestra Señora de París*.

El novelista empieza en Victor Hugo á los quince años, y produce, por una apuesta, en quince días, su primera obra en este género, *Bug-Jargal*; á ésta sigue *Han de Islandia*, escrita tres años después. Estas dos novelas primerizas, llenas de lúgubre interés, se pasean por los espacios fabulosos y descubren la brillantísima imaginación del que las concibió, notándose ya en ellas los gérmenes que, más tarde, debían producir ópimos frutos. A la tercera vá la vencida, dice el adagio español, y la tercera novela del autor de *La leyenda de los siglos* fué *Nuestra Señora de París*, que le proporcionó un triunfo tan ruidoso ó más que el *Hernani*. Esta obra es una magistral pintura de la Edad Media, evocada por la inspiración del hombre que desde entonces empezó á ser considerado como el génio de la época; esta obra pone de manifiesto la gran potencia creadora de que estaba dotado Victor Hugo; las figuras que intervienen en ella están presentadas con tanto relieve y tan vivas, si nos es lícito decirlo así, que se han inmortalizado. El discreto crítico que se oculta bajo la máscara de *Cárlos Mendoza*, dice, á propósito de lo que acabamos de afirmar: «Si las figuras de este libro son tan falsas como quieren decir algunos, es bien extraño que se hayan ido perpetuando con tanta pertinacia, arraigándose cada día más en el conocimiento de las gentes. No ha envejecido lo más mínimo ninguna de las creaciones de aquel *poema en cien actos*, como le llamó uno de los más ilustres críticos franceses, Julio Janin; la *Esmeralda*, Claudio Frollo, Quasimodo y Gringoire, se han incorporado ya á la legión sagrada de los héroes, que no ignora nadie han tomado sitio cerca de las creaciones de los más grandes poetas y novelistas, y es de creer que vivan ya eternamente en compañía de las más altas figuras que han producido los géneos del arte.»

Está en lo cierto el mencionado escritor: vivirán eternamente en la memoria de los hombres *Esmeralda*, Claudio Frollo y Quasimodo: la facultad de crear tipos que se perpetúen en la memoria de los hombres, solo fué concedida á los géneos de primera magnitud, de los que cada nación apenas puede contar uno en la serie de los siglos transcurridos; entre estos hijos privilegiados de la gloria está Cervantes, que inmortalizó á D. Quijote, á Sancho Panza y á Dulcinea; está Shakespeare, que dió vida eterna á *Otelo*, á *Romeo* y á *Julietta*; está Goethe, que eternizó á *Fausto* y á *Margarita*, y está Victor Hugo, el último en el orden cronológico del privilegio, que añade á esas figuras imperecederas sus arquetipos de *Nuestra Señora de París*.

Enteramente diversa en el asunto, en la tenden-

cia, en los personajes, en la época y hasta en la desproporción, es su otra obra magistral, *Los Miserables*, que es «el colosal empuje contra el egoísmo social, que deja persistir desigualdades monstruosas», como gráficamente la califica un escritor ya mencionado. Hay críticos que prefieren esta obra á todas las de Victor Hugo; pero nosotros, sin desconocer sus múltiples bellezas, ni el colorido acentuado, pero verdadero, de sus principales interlocutores, ni la trascendencia filosófico-social de las ideas que en ella se desarrollan, ni la de los acontecimientos que en ella se verifican, sin negarle la gran importancia que justamente ha adquirido, nosotros preferimos *Nuestra Señora de París*, que nos parece el esfuerzo supremo aunado del génio, del talento y de la meditación.

Los trabajadores del mar y *El hombre que ríe* son otras dos novelas de Victor Hugo que no gozan de tanta fama como las anteriores, aunque campea en ellas su viva imaginación y su estilo peculiar y encierran páginas de inapreciable valor. A pesar de ser estrambótico el asunto de la última y de conducir al autor á veces á lo extravagante, brillan en ella trozos magníficos y sublimes, superiores si cabe á los de sus mejores novelas. *El hombre que ríe*, según la opinión de su propio autor, debía llamarse *La aristocracia* (de la que es un detallado estudio) y había de constituir una parte de la trilogía, que pensó escribir, en tres libros, titulados: La aristocracia, La monarquía y La democracia; de los tres solo escribió dos, el primero y el último, que bautizó con el nombre de *El noventa y tres*; en esta obra refiere en forma novelesca la historia de la primera República francesa con la brillantez y la energía de su habitual estilo.

Dedicóse Victor Hugo con ahinco á la política y ocupó un sitio en el Parlamento, siendo uno de los apóstoles más fervientes y más activos de las ideas republicanas, por lo que al advenimiento del emperador Napoleón III tuvo que salir desterrado de su patria. Viviendo lejos de su país publicó los dos libros *Napoleón el Pequeño* y *Los Castigos*, obras políticas, escritas bajo su punto de vista y que no menoscaban su reputación, porque ya la tenía consolidada y porque el destierro engrandecía su figura á los ojos de las muchedumbres, á las que se aparecía como una víctima del poder absoluto, colocada sobre la pira del sacrificio. Entonces se entregó con embriaguez á la propaganda revolucionaria y escribía continuamente cartas sobre todos los acontecimientos, cartas célebres, que despertaron gran interés por estar escritas por tan eminente autor, y que se reproducían en todos los periódicos de Europa, aumentando su popularidad y extensísima fama con el dictado de escritor político-revolucionario. Cayó el Imperio, triunfó la República, y Victor Hugo regresó á París.

Hemos examinado á la ligera las principales obras del autor de *La leyenda de los siglos*, según nos lo ha permitido el breve espacio de que podemos disponer, y ahora vamos á examinar al mismo autor. La mayor fuerza del génio de Victor Hugo radica en su extraordinaria imaginación, que es la madre de la invención literaria; merced á su potencia crea novelas, imágenes y rasgos sorprendentes de estilo. Como dice Castelar: «No hay como él quien sepa idealizar lo concreto y materializar lo abstracto. No hay quien haya oído como él los conciertos entre los pensa-

mientos y los séres. Cualquier cosa tangible se ilumina y se calienta en su cerebro hasta llegar á idea, como cualquier idea se materializa, de suerte que podemos verla, medirla y pesarla, como si tuviera en la realidad viviente sustancia, forma y dimensiones. El poder de su imaginación hace milagros.»—De la extraordinaria potencia creadora de su imaginación nacen todas sus bellezas y sus efectos. La imaginación tiende á la hipérbole, y Víctor Hugo es verdaderamente un génio hiperbólico: llega á lo sublime y algunas veces lo rebasa, cayendo en lo ridículo; ese paso no más que media de lo uno á lo otro, se lo hace dar algunas veces su imaginación, que salta desde las magnificencias de *Nuestra Señora de Paris* hasta las extravagancias de *El hombre que ríe*. Su modo de enunciar las ideas es concreto, tan conciso, que llega en ocasiones á ser confuso, y á esto contribuye la profusión de metáforas y de alegorías con que engalana la forma de sus pensamientos. Su lenguaje es florido, porque hace uso incesante de figuras retóricas: en los símiles tiene gran novedad, porque su imaginación rápida y perspicaz le hace ver los términos de comparación entre dos objetos muy distintos y cuya percepción no llega al lector hasta después de meditar; pero también su imaginación no le permite ver en algunos casos la impropiedad de algunos de los símiles que usa.

Dijimos antes que enunciaba sus ideas concisamente; así es en realidad, pero luego es muy tenaz en la ampliación de la idea enunciada, y aunque en el estilo es conciso, en la ampliación es difuso, porque

sigue el rastro de la idea hasta perderlo de vista. Su estilo es ordinariamente majestuoso y solemne, hasta en las situaciones más triviales, en las que parece que hable ahuecando la voz; pero en las situaciones dramáticas y trágicas, su estilo es patético y vá recto al corazón. Su estilo es muchas veces audaz, como conviene al atrevimiento de las ideas que desarrolla y que armoniza de modo magistral con la frase. Nadie como él posee el dón de dar vida á lo fantástico y de embellecer la fealdad; sabe hacer posible la existencia de *Dea* y sabe hacernos simpático al desfigurado *Gwynplaine*. Describe tipos y lugares con prolijidad, pero con tan exacto colorido, que los hace visibles; en una palabra, posee la mágica vara que embellece lo que toca, y lo que toca es tan suyo, que su manera no puede confundirse con la de ningún artista de la palabra. Paleta es la suya propia é inimitable. Fecundo como pocos escritores, deja publicada una verdadera biblioteca, que se compone de libros que versan sobre muchas materias; y sirviéndonos de un símil, que hace en *Nuestra Señora de Paris*, comparando la literatura con la arquitectura, para terminar este desaliñado estudio, continuaremos la alegoría que él empieza: «Si el Dante es en el siglo trece, la última iglesia bizantina y Shakespeare es en el siglo diez y seis la última catedral gótica,» Víctor Hugo es en el siglo diez y nueve *El Palacio de la Exposición Universal*; en él se encuentran esparcidos en diferentes departamentos todos los elementos de la inteligencia en su estado de progreso.

JACINTO LABAILA.

Valencia 14 Octubre 1886.

1833.

HAN DE ISLANDIA es un libro escrito por un jóven, muy jóven.

Leyéndolo se conoce que el niño de diez y ocho años que escribió *Han de Islandia* en un acceso de fiebre en 1821 no tenía aun experiencia de las cosas, de los hombres ni de las ideas, y que trataba de adivinar todas esas experiencias.

Tres son los elementos principales constitutivos de las obras del pensamiento; lo que el autor siente, lo que el autor observa y lo que el autor adivina.

En la novela, sobre todo, para que sea buena es necesario que campeen en ella el sentimiento y la observación y que la parte adivinada se derive lógica, sencillamente y sin solución de continuidad de la observación y del sentimiento.

Aplicando esta ley á *Han de Islandia*, se hará resaltar con facilidad lo que constituye el principal defecto de este libro.

En *Han de Islandia* solo hay un sentimiento, el amor del jóven; solo hay una observación, el amor de la doncella; todo lo demás es adivinado, quiero decir, inventado. Porque la adolescencia no cuenta ni con los hechos, ni con la experiencia, ni con los recuerdos; solo adivina con la imaginación. Por lo tanto, *Han de Islandia*, dado el caso de que valga la pena de ser clasificada, debe contarse entre las novelas fantásticas.

Cuando la primera estación pasa, cuando la frente se inclina, cuando se siente la necesidad de escribir algo más que historias interesantes para asustar á las viejas y á los niños, cuando se han gastado, con el roce de la vida, las asperezas de la juventud, entonces se re-

conoce que la invención, la creación y la adivinación del arte deben tener por base el estudio, la observación, el recogimiento, la ciencia, la medida, la comparación, la meditación seria, el dibujo continuo y meditado de cada cosa, copiado de la naturaleza, la crítica concienzuda de sí mismo; y la inspiración que se desarrolla según esas nuevas condiciones, lejos de perder, gana con ellas mayor aliento y adquiere más fuertes alas. El poeta, entonces, sabe perfectamente á dónde vá. Toda la adivinación flotante de sus primeros años se cristaliza en cierto modo y se convierte en pensamiento. Esta segunda época de la vida es por lo común para el artista la de sus grandes obras. Aun es jóven y ya dá frutos sazonados. Esa es la frase preciosa, el punto intermedio y culminante de la ardiente claridad del medio día, el momento en el que se tiene la menor sombra y la mayor luz posible.

Hay artistas soberanos que se mantienen en esa cumbre toda su vida, á pesar del transcurso de los años. Esos son los génios supremos. Shakespeare y Miguel Ángel han dejado en algunas de sus obras el rastro de su juventud, pero en ninguna las huellas de su vejez.

Volviendo á ocuparnos de esta novela, debemos decir que, tal como es, con su acción precipitada y jadeante, con sus personajes todos de una pieza, con sus torpezas salvajes, con su aire activo y poco hábil, con sus cándidos accesos de delirio, con sus colores de todas clases, casados sin precaución; con su estilo crudo, chocante y áspero, sin matices y sin habilidades; con los mil excesos de